



Publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía. Cada autor es responsable de sus ideas y para nada compromete el pensamiento de la organización.

Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Después de esta pandemia ¿seguirá teniendo sentido la palabra humanismo?

El malestar en la cultura afirma: "el verdadero problema del destino de la especie humana está, me parece, en la respuesta a esta pregunta: ¿Logrará el desarrollo de la cultura dominar el mal funcionamiento de la vida comunitaria entre los hombres, mal funcionamiento que está determinado por el instinto humano de agresión y autodestrucción y en qué medida lo logrará?"

Julio César Carrión Castro
Universidad del Tolima

Comentarios al texto "Normas para el parque humano" de Peter Sloterdijk.

Ante el impredecible futuro de estas sociedades del capitalismo tardío, que en todo caso apunta hacia la decadencia y la catástrofe total, (tendencia que ya Oswald Spengler tempranamente bosquejó en su obra La decadencia de Occidente desde 1917, y que con mayores precisiones conceptuales diagnosticara Sigmund Freud, al final de su vida, en El malestar en la cultura de 1930), frente a ese neofascismo global que ha puesto en marcha la imposición masiva del acatamiento acrítico, la más terrible mansedumbre y docilidad social, mediante la sistemática destrucción de toda singularidad y diferencia, e imponiendo el llamado "*pensamiento único*" a unas masas amorfas de marginados y explotados, que alegremente aceptan su subalternidad, y que, sin su consentimiento, estos individuos de rebaño, sumidos en el desencanto, el conformismo y la desilusión, nos permiten corroborar el fracaso de las utopías humanísticas e ilustradas.

Ahora, cuando el hombre ya no es visto simplemente como una creación divina, ni como el eficiente resultado de complejos procesos biológico-evolutivos que condujeron a la existencia del orgulloso "*animal racional*", podemos entender la existencia de toda una maquinaria antropogénica que nos pretendía llevar a la construcción de lo humano como algo dotado de total especificidad y grandeza. Dicha maquinaria antropogénica sustentada históricamente, según las tesis de Peter Sloterdijk, principalmente en la crianza y domesticación de los humanos a partir de la lectura. Entendiendo la "*esencia del humanismo como una telecomunicación fundadora de amistades realizada gracias al lenguaje escrito*", a la filosofía escrita. Así las cosas, el humanismo, que se venía entendiendo como una consecuencia de la alfabetización, de la palabra escrita como puente comunicativo entre los diversos espacios geográficos y tiempos históricos. Ese

“humanismo”, propuesto, siempre ha existido como un proyecto comunitario, como el sueño de una *“solidaridad predestinada”*, fundamentalmente entre quienes saben leer.

Ese ideal de las naciones modernas por alcanzar una humanidad leída y armada, una domesticación ilustrada, ese especial ideal del humanismo burgués, con la imposición de lecturas *“clásicas”* obligatorias, acorde con los imaginarios de las *“identidades nacionales”* y del expansionismo militar de tales naciones. Es decir, acorde con la construcción de las ficciones nacionales, con toda su propaganda de masas y sus ideales de *“destinos manifiestos”*, impuestos a las muchedumbres como idearios.

Los auténticos intereses expansionistas y bélicos de Occidente, siempre fueron enmascarados tras el velo de procesos supuestamente culturizadores y civilizatorios: mercaderes, cruzados, misioneros, evangelizadores, conquistadores, colonizadores, asesores... todos ellos han sido emisarios de una *“cultura superior”*, de una *“fe verdadera”*, de una moral, de una raza, de una clase superior, de la *“conciencia de libertad”*, de la auténtica democracia, del humanitarismo armado y la sociedad de los conocimientos, con que despliegan sus reales intereses imperiales, buscando suprimir individuos superfluos, razas y culturas innecesarias e *“inferiores”* –como se propone abiertamente hoy en la pandemia, a los ancianos ya *“improductivos”*.

La biopolítica, como lo analizaran Michel Foucault y Giorgio Agamben, constituye la culminación del pensamiento occidental. En los campos de concentración y de exterminio se realiza plenamente la domesticación letrada, ese proyecto de la Ilustración; la idea de *“libertad, igualdad y fraternidad”* –ayer bajo los *“totalitarismos”* y el fascismo, y hoy bajo los regímenes de la *“democracia”* imperante.

Con el establecimiento mediático de la cultura de masas (con la radio desde 1918, la televisión desde 1945 y hoy con el descomunal desarrollo de múltiples medios de comunicación y redes informáticas) la coexistencia humana se instaure sobre fundamentos nuevos, post literarios y por ende post humanísticos.

“La era del humanismo moderno como modelo escolar y educativo ha pasado” a pesar de las ilusas reediciones de un humanismo retórico. Las melancólicas esperanzas del poder civilizador de la palabra escrita y de la escuela, ya es muy poco lo que pueden hacer frente al omnímodo poder y atrocidad de un imperialismo triunfante con sus enormes fuerzas bélicas y las tendencias animalizadoras expresadas en un embrutecimiento cotidiano, representado en el militarismo, la industria del ocio, la farándula y el consumismo compulsivo y, ahora, para expresarlo en los términos de Günter Anders, con la consideración de la *“obsolescencia del hombre”*, frente al poder de las máquinas y las estructuras burocráticas.

El tema central del humanismo siempre fue la domesticación y amansamiento del hombre, como quedó establecido desde la vieja tesis romana de *“pan y circo”*; embrutecer y amansar.

En 1946 Martin Heidegger escribe su Carta sobre el humanismo. Muchos plantean que se trató de una astuta fórmula de sobrevivencia política e intelectual, de un ambiguo intento de rehabilitación frente a su reconocido compromiso con el régimen nazi. En todo caso con este texto Heidegger abrió un nuevo espacio a los análisis sobre el humanismo (no se trata de un anti-humanismo como muchos afirman) provoca la reflexión moderna acerca del hombre. Se pregunta: ¿Para qué ensalzar al “*hombre*” si es una catástrofe?

El humanismo en sus distintas variantes (llámese cristianismo, marxismo o existencialismo) es agente del no-pensar, de la simulación y el acomodamiento, ya que equivocadamente sólo ve el hombre como animal racional, como cuerpo y alma, como biología animada (animalitas + espíritu). Para Heidegger tratar de definir una esencia fija del hombre en cuanto “*animal racional*”, reduce toda concepción sobre el hombre a la metafísica. La esencia del hombre no se puede explicar desde perspectivas de semejanza divina, pero tampoco biológicas o zoológicas (el hombre difiere ontológicamente del animal) porque “*el hombre tiene mundo y está en el mundo mientras que la planta y el animal se limitan a estar en tensión con sus entornos. El lenguaje es la casa del ser*”.

Heidegger desea un hombre silencioso más sumiso que el simple buen lector, con quien se haría imposible construir comunidad, pues se trata sólo del establecimiento de subjetividades que llevan indistintamente a la violencia antropocéntrica que ya hemos analizado: para Heidegger el fascismo es la síntesis de humanismo y bestialidad, en este fenómeno se da la coincidencia paradójica entre inhibición y desinhibición, entre las fuerzas afirmativas, positivas –biófilas en los términos de Erich Fromm– y las destructivas, agresivas o necrófilas.

Se pregunta Sloterdijk ¿Qué amansará al ser humano ante el fracaso de la escuela de la domesticación? ¿Si lo único que ha conseguido es poder sobre todo lo existente? Y reflexiona sobre los procesos de humanización (sobre la aventura del animal humano). Toda esa historia que va de lo prehumano a lo humano, toda esa revolución antropogénica de que nos vanagloriamos. Del mero acto biológico se pasó a un “*llegar al mundo*”. El paso de la historia natural a la cultural, –siguiendo a Nietzsche, afirma Sloterdijk–, constituye un fracaso del ser animal. Con la llegada al lenguaje, en los términos de Heidegger, se llega a la “*casa*”; los animales son amansados por sus viviendas. Comienza así la epopeya del animal doméstico (amansamiento, adiestramiento, cría). Ese complejo biopolítico que constituye el proceso histórico-pedagógico de la humanidad, que hoy vemos plenamente realizado con todo ese sumiso acatamiento a la reclusión y al apartamiento impuesto por los astutos gobernantes durante la pandemia.

Ya Federico Nietzsche en el capítulo denominado “*De la virtud empequeñecedora*” contenido en la tercera parte de su obra Así habló Zaratustra, habla de la doctrina de la felicidad y de la virtud que empequeñece, refiriéndose al amaestramiento, a una educación programada para la regulación de los sujetos, para la individualidad resignada, para la masificación, la homogeneización y la uniformidad. Los hombres son criadores de hombres. La educación se reduce a un amaestramiento para empequeñecer, actividad

fundamental de curas y maestros. La escuela no es más que una institución especializada en la domesticación.

La disputa que plantea Nietzsche, en última instancia, se resuelve en criar para empequeñecer o criar para lo grande. Este es el debate entre los humanistas a ultranza y las tesis del superhombre. El superhombre propuesto por Nietzsche no mira al pasado salvaje de la humanidad, mira hacia el futuro, no se propone un retroceso hacia el salvajismo o hacia la animalidad, sino la construcción de una nueva y distinta humanidad, alejada de toda subalternidad.

La domesticación del hombre ha sido el gran tema del humanismo desde la antigüedad hasta hoy. La lectura es un proceso de selección. A partir de ella la sociedad se fraccionó entre letrados e iletrados. Dice Sloterdijk: *“Cabría definir a los hombres de otros tiempos como aquellos animales de los cuales unos leen y saben escribir, y los otros no”*. Pero hoy la escuela ha perdido su poder frente a la televisión y los medios de información y con ella el humanismo centrado en el leer y el escribir. El modelo educativo del humanismo burgués, que llegó a su máxima expresión con la Ilustración, que pretendía amansar mediante la expansión de la lectura, ha fracasado, frente a los desarrollos telecomunicativos de la moderna sociedad de masas. El viejo humanismo hoy ha quedado obsoleto, el poder mediático se ha impuesto al gregarizar sumisamente a un público de espectadores.

Se pregunta Sloterdijk si para el hombre, que ya no puede ser visto como una criatura de Dios, ni como un animal racional, sino como un complejo producto de técnicas antropogénicas, ensayadas durante todo su devenir histórico y fracasadas rotundamente, se puede seguir proponiendo una domesticación letrada, una serie de normas o de reglas que orienten su existencia y sus posibilidades vitales, más allá de la decadencia y catástrofe que hoy le circunda. Entonces el autor de Normas para el parque humano propone el planteamiento de terapias genéticas que permitan una autocorrección humana, una especie de cría sin criador, una revisión genético-técnica de la humanidad, una antropotecnología capaz de cambiar el fatalismo del nacimiento, logrando el ideal de ser *“hecho”* y no *“nacido”*.

Muy temprano en Occidente la idea de la domesticidad y el amaestramiento constituyó la base de la propuesta ilustrada, desde la Paideia griega hasta el movimiento intelectual de la Ilustración. Ya Platón en su diálogo El político y luego en La República, propuso establecer una serie de normas de comportamiento humano, una especie de pastoreo urbano (compara el vivir comunitario humano, con un parque zoológico). Desde Platón en realidad toda reflexión política es una reflexión sobre las reglas de manejo de un parque humano. La ciudad es vista, así como un zoológico. La política no cumple función distinta al establecimiento de normas para ese parque humano. Posteriores biotecnologías, como los liceos y los gimnasios burgueses, la eugenesia fascista o la búsqueda de la construcción del Ciborg perfecto, han intentado alcanzar esa concordia, la sociedad del *“bienestar”*, el *“mundo feliz”* ... Con ese propósito se construyeron siempre gran diversidad de parques temáticos: eclesiásticos, escolares, oficiales, privados, urbanos, rurales, regionales, nacionales, hasta llegar a los campos de concentración y de exterminio autoadministrados para

regular, en todo caso, al animal humano. No hay nada más horroroso, (como lo afirma Pedro García Olivo) que la conversión de cada ciudadano en policía de sí mismo, como se ha logrado en el demofascismo contemporáneo, bajo el decisivo influjo de la escuela y el encumbramiento de la permanente vigilancia policiva, el colaboracionismo con las llamadas “*autoridades*” y la delación, asumida como virtud social.

El Estado es el cuidador por excelencia de ese zoológico, con antropotécnicas políticas encargadas de dirigir y orientar por el camino de la mansedumbre al rebaño humano, atento a acatar todas las normas y las reglas. El arte del pastoreo consiste en dirigir con una política de cría y mansedumbre la reproducción, de tal manera que la “*libre voluntad*” no se atropelle, es decir, guardando las apariencias del “*derecho*” y de la “*democracia*”, invisibilizando el aparato de coerción y explotación. Se trata de conjugar la fortaleza guerrera con la prudencia filosófica humana, sin prelación de una de ellas.

Para Platón el mejor cuidador y pastor es Dios. Hoy cuando Dios se ha retirado y los sabios guardianes y criadores parece que también han dimitido, nos quedan sus enseñanzas, sus escritos, sus libros canónicos convertidos en objetos de archivo (muertos en los sótanos muertos de la cultura). ¿Cuesta creer que uno de esos escritos fenecidos que reposan en los archivos de la historia, son los así llamados Derechos Humanos?

El texto de Sloterdijk, Normas para el parque humano, ha generado una amplia controversia en torno al tema del humanismo asumido como paradigma del proyecto civilizatorio en Occidente, porque en realidad éste ha sido reducido a un proyecto de deshumanización y animalización integral del hombre, bajo el imperio de las fuerzas bélicas y mercantiles y ahora mismo bajo las normas del confinamiento obligatorio que se nos impone.

Después de la segunda guerra mundial el tema del humanismo ha sido tratado no sólo por Heidegger en su Carta sobre el humanismo, a que se refiere Sloterdijk, sino por otros muchos intelectuales, como Jean Paul Sartre, quien, en 1946, año en que salió la obra de Heidegger, publicó también su texto El existencialismo es un humanismo, en el cual fija con claridad la tesis de que el hombre se hace a partir de su propia subjetividad. Establece que no existe una naturaleza ni una esencia previa de lo humano, que el ser humano es ante todo un proyecto, sin que exista ningún determinismo que lo condicione. No hay apoyos ni socorros para el hombre; estamos solos sin excusa y condenados cada instante a inventarnos. Y así como se puede decidir la construcción de una sociedad más justa y equitativa, “*algunos hombres pueden decidir establecer el fascismo*”. Pero, en todo caso, cabe el optimismo de otorgar dignidad al hombre, al asignarle un valor superior y al tomarlo como un fin y no cual simple medio. No hay otro legislador que el hombre mismo.

Otros intelectuales como Foucault y Giorgio Agamben han intervenido en la polémica cuestionando las concepciones humanísticas tradicionales, como con amplia antelación lo hiciera Nietzsche. Y es precisamente en las tesis de Nietzsche (reproducidas de alguna manera por Sigmund Freud) que se

vislumbra una nueva posibilidad para el humanismo, o si se quiere para el post humanismo, como prefiere denominarlo Sloterdijk.

El autor de *“Así habló Zaratustra”*, desde un materialismo radical, ubica al hombre entre los animales, y señala la posibilidad de la superación, tanto del animal como del hombre mismo, acatando el mandato de lo terrígeno y no basándose en elucubraciones transmundanas. Freud, en el texto citado, El malestar en la cultura, afirma: *“el verdadero problema del destino de la especie humana está, me parece, en la respuesta a esta pregunta: ¿Logrará el desarrollo de la cultura dominar el mal funcionamiento de la vida comunitaria entre los hombres, mal funcionamiento que está determinado por el instinto humano de agresión y autodestrucción y en qué medida lo logrará?”*. Y en esa lucha cósmica entre las fuerzas de la destrucción y del mal –Tánatos– y las fuerzas de la afirmación de la vida –Eros–, se nos propone apostar por la vida y por la dignidad del hombre.

En esta época en que el mero sobrevivir constituye el principal quehacer de las mayorías explotadas o excluidas, cuando la barbarie civilizada se apodera del mundo, siendo notorio el fracaso de la escuela y de la ilustración, cuando la generalizada decadencia se oculta tras la metafísica de lo fugaz, de lo evanescente y deleznable, imponiendo la estetización de las mercancías, la pedagogización del mundo de la vida y la cultura del espectáculo, cuando lo mercantil es equivalente a lo político, y el progreso técnico e instrumental implica la devaluación de lo humano, como lo predijera Marx, en fin, en esta desafortunada coyuntura nihilista, en esta dialéctica de modernidad y barbarie, en esta época de desintegración total, de carencia de brújula y de orientación, bien vale la pena el esfuerzo significativo de rescatar esas palabras de los sabios, esos escritos muertos y sepultados en la fosa común de las ideas, en los archivos muertos de la historia y de las utopías.

Rescatar el inconsciente estético de la humanidad, como un nuevo proyecto esclarecedor del humanismo. Ante la contemporánea crisis social, política y de salubridad. En fin, en esta irreversible crisis de los humanismos, es indispensable profundizar –como lo exigía Nietzsche– en el sentimiento dionisiaco de la vida. Fortalecer la cultura impulsando el sueño de la más auténtica realización humana; unas nuevas normas y tecnologías genéticas que orienten el restablecimiento de la dignidad de hombres curados de su profunda animalidad y hasta quizá de ser *“humanos, demasiado humanos”*.

Edición 692 – Semana del 25 al 31 de julio de 2020